

LOS SOMBRÍFAGOS

MAREK K. POLACEK

© Copyright 2017
Todos los derechos reservados

Para mis fieles lectores

**“La verdad es la mentira escondida en el grano de la
verdad.”**

Damogorgón

¡ADVERTENCIA!

Antes de empezar con este segundo volumen, es **recomendable** que lean primero: *La bola de ónix* para poder entender bien el hilo argumental de la historia.

¡No apto para niños!

PRÓLOGO

–Así que el primer Elemental ha sido derrotado– dijo Ezazel y acarició impasiblemente la superficie áspera de lo que quedaba de la columna de *azbetril* que hacía mucho sostenía una bóveda amplia ojival. Se encontraban entre las ruinas de un castillo que se escondía bajo la protección de las cordilleras estériles e increíblemente empinadas que lo rodeaban por su mayor parte.

–Pero aún quedan dos– musitó Prométeux. Aunque era un hombre de gran constitución el tono de su voz reveló que estaba nervioso, aquel ser que vestía un sayo negro le daba miedo, estar en su presencia era igual que si estuviera encerrado en una mazmorra subterránea sin poder escapar. Sentía angustia combinada con una sensación de opresión total.

Desde los escombros salió un escarabajo enorme con élitros plateados y se dirigió rápidamente hacia un arbusto espinoso que crecía al lado del barandal de arenisca. Sus cinco ojos diminutos analizaban el terreno en búsqueda del camino más seguro.

Ezazel lo estuvo observando durante un rato y luego sacó del bolsillo un anillo de hueso, se lo puso en el dedo índice y susurró una palabra la que Prométeux no captó entender. El escarabajo lanzó un chillido y su cuerpo se comenzó a inflar. El ser se agachó y lo cogió, en su cara deformada apareció una risa torcida.

En el horizonte relampagueó y un segundo más tarde retumbó un trueno potente. Prométeux dio un respingo y miró el firmamento, las nubes grisáceas se agrupaban por encima de las montañas.

–¿Te inquieta la tempestad?– le preguntó Ezazel y su risa se ensanchó un poco más. El escarabajo se retorció en su mano, ahora parecía una pelota de tenis a punto de estallar.

–No, desde luego.

El ser cerró la mano y el cuerpo del escarabajo reventó, manchando sus dedos de una masa oscura.

Al verlo a Prométeux se le revolvió el estómago y desvió la vista hacia la única torre que aún se mantenía entera. Relampagueó nuevamente y el cielo se alumbró por un momento de color violeta, también se levantó el viento.

–Los rayos dan fuerza. Son pura energía acumulada de la naturaleza misma– constató Ezazel. Después, dejó aparecer los dientes, eran insólitamente blancos y muy afilados. Desde la comisura le cayó un hilo de saliva que se quedó pegada en su barbilla. Despacio se acercó la mano con el escarabajo hacia la boca y lo empezó a engullir.

Una ráfaga repentina pasó por entre las ruinas del castillo, haciendo un ruido silbante que daba escalofrío. Prométeux se alejó un par de pasos, no quería escuchar como el ser masticaba. No le gustaba para nada estar allí. Sin embargo, no había otra opción, la situación requería recurrir a soluciones extremas y el tiempo avanzaba. Los niños ya habían regresado a su planeta y los vestigios del *núcleo*, que aún permanecían dentro del alumbrador, se disiparían muy pronto. Necesitaba abrir el portal cuanto antes y traerlos al Campamento de la Casta Blanca. Sabía que los *Sombrífagos* no tardarían en encontrarlos y era imprescindible impedir que eso ocurriera.

Volvió a tronar y las primeras gotas comenzaron a mojar la tierra. Ezazel se relamió los labios. –¡Exquisito! Esta clase de coleópteros tiene la carne muy tierna. Deberías probarlos, es un verdadero manjar.– Se quitó el anillo y lo devolvió al bolsillo del sayo. –Pongámonos a cubierto. Las lluvias de este mundo son tremendamente ácidas

y suelen causar quemaduras. Y yo ya no soy tan joven como antes y debo cuidarme más– rió y señaló a la torre.

Entraron y subieron por una estrecha escalera que conducía a una pequeña habitación. Allí dentro, el aire olía a vejez que se mezclaba con un hedor dulce y rancio, la mampostería cubría una variedad de musgos y el suelo una capa gruesa de polvo.

–¡Siéntate! Espero que no te moleste la descomposición de este lugar– dijo el ser con pizca de sorna y se acomodó en un trozo de madera que descansaba sobre un saco de arpillera. Afuera la lluvia arreció igual que el viento. Pronto oscurecería y la noche extendería sus enormes alas como el mismísimo Ángel de la Muerte.

Prométeux negó con la cabeza. –Estoy acostumbrado a la podredumbre, la veo cada día.

–Ya, me lo imaginaba– repuso Ezazel. Las numerosas arrugas que tenía en su frente prominente se empezaron a mover como si de unos gusanos gordos se tratase, intentando abrirse paso a través de la piel y salir a la luz.

Prométeux se estremeció, no pudo evitarlo. Eso le daba repelús. *‘Ojalá existiera otra manera cómo hacerlo’* pensó y apoyó su espalda en la pared.

Ezazel se desabrochó el sayo y mostró su demacrado pecho lleno de cicatrices. – Aquí dentro hace demasiado calor para mi gusto– mencionó ausentemente. Luego, fijó sus ojos pardos en la cara de Prométeux. –¿Te puedo preguntar algo?– y sin esperar a la respuesta, prosiguió –¿Crees en Dios?

Prométeux parpadeó algo desconcertado. –Por supuesto que sí. ¿Por qué quieres saberlo?– Su inquietud se profundizó unos cuantos peldaños más.

El ser esbozó una mueca fea. –¿Y lo has visto alguna vez?– Se inclinó hacia delante, sus arrugas dejaron de moverse.

–No, nadie lo ha visto, es omnipresente.

–¿De modo que, ahora está aquí con nosotros?

–Naturalmente.

–Y según tu opinión, ¿es bueno?

–No entiendo a qué viene...

–¡Contesta!– le interrumpió Ezazel con severidad y enseñó los dientes.

El corazón de Prométeux aceleró su ritmo, sentía que se le creaban gotitas de sudor en las sienes. La lluvia intensificó y seguía azotando los escombros. –Sí, es bueno– musitó.

Ezazel asintió con la cabeza, después tocó con sus dedos la mampostería y los musgos comenzaron a marchitarse, cambiando el color a negro. –Entonces, explícame ¿por qué no acudes a Él y no le pides la ayuda a Él en vez de arriesgar tu miserable vida, charlando conmigo?

–Porque Él no siempre oye mis plegarias.– Se puso en pie, esa pregunta le tomó por sorpresa.

Ezazel estalló en carcajadas. –¿No siempre? Yo diría que nunca, ya que no existe. Es sólo una ilusión que mantiene a los corporáneos en falsas esperanzas de que un día llegará la redención.

–¿Y quién entonces contrapesa la balanza entre el Bien y el Mal?

–Ah claro..., te refieres al Equilibrio, a esa supuesta fuerza que sostiene la Existencia, ése vástago de la Magia Blanca. ¿De verdad crees que todo es subordinado a él?

Prométeux no respondió, su nerviosismo aumentó.

–¿Pretendes obligarme a que sonsaque tu contestación por las malas? Nada me alegraría más– dijo el ser y dobló la mano izquierda.

–¡No, por favor!– se espantó el hombre. –Sí, lo creo. El Equilibrio es la única neutralidad que existe, la única manera cómo preservar la coherencia de la vida.

–¿La neutralidad?– se extrañó Ezazel. –Veo que no sabes nada de la neutralidad. Todos vosotros los que habitáis los mundos exteriores no sabéis nada de ella. Os ciegan vuestros pecados, la avidez del poder y el miedo de que la muerte os arrebatara lo que habéis recopilado durante vuestras efímeras vidas.– Se levantó con asombrosa agilidad. –¿Cuándo tendré mis ofrendas?

–Al alba. Mi gente las dejará en el viejo cementerio.

–Que sean frescas y bien limpias, aborrezco desayunar porquería– le advirtió. – ¡Ahora apártate y observa! Quizás aprendas algo de la magia ancestral.– Se agachó, cogió un puñado de polvo y se lo empezó a restregar por la cara y por el pelo, bisbiseando un embrollo de palabras que escaseaban de sentido.

Las paredes de la torre crujieron y acto seguido, apareció en una de ellas una grieta fina que creó posteriormente un círculo irregular.

Los músculos de Prométeux se tensaron, se acercaba el momento por él que estaba ahí.

Ezazel dio un par de vueltas, siempre murmurando y después, se detuvo en seco. –¡Necesito tu sangre!– le ordenó con voz gutural.

Prométeux sacó de la vaina que tenía atada en el pantalón el puñal y se hizo con él un corte en la palma.

–¡Mancha con ella la fisura!

La lluvia se convirtió en chaparrón, desde el techo comenzaron a caer chorros de agua.

–¡Date prisa! Esta clase de magia es muy frágil.

Prométeux puso la mano en la pared y dejó que la sangre penetrara en la hendidura.

Ezazel hizo un movimiento brusco con los dedos y pronunció –*Ashash pruxtif viurg.*– Las pupilas de sus ojos se agrandaron y se llenaron de negrura casi total.

La mampostería se resquebrajó y se separó, formando un socavón. El aire se hizo más denso, como si algo viscoso lo espesara. Ezazel volvió a sacar el anillo de hueso de su bolsillo y exclamó –*Luxitrus!*– Todo su cuerpo vibraba. Desde la joya engarzada salieron unas chispas anaranjadas e iluminaron la estancia.

Tronó repetidamente. Aquel ruido era tan potente que Prométeux sintió un dolor agudo en los tímpanos. Después, el ser lo agarró por el hombro y con una fuerza sobrenatural lo empujó dentro de la abertura.

2

Caía y caía, rodeado de la oscuridad, incapaz de sofocar el grito de terror. Por su cabeza pasaban pensamientos siniestros que ahondaban considerablemente su temor. Estaba convencido de que Ezazel le había engañado y le había mandado directamente al infierno. Eso no lo sorprendía mucho, puesto que los *Shébb*s eran inescrutables y su naturaleza era sembrar maldad y sufrimiento.

La velocidad era vertiginosa, por todas partes se oían zumbidos apagados que le recordaban el ronroneo monótono de las bombas que la gente de su aldea utilizaba para sacar agua de los pozos. También notaba que había subido la temperatura. Trataba de sujetarse de algo y frenar aquella horrible caída pero a su alrededor no había nada más que el vacío que parecía no tener fondo alguno. Le invadía la frustración y asimismo la rabia por haber sido tan ingenuamente insensato y confiar en aquel ser.

—¡Prepárate para el “aterrizaje”!— de pronto, sonó una voz melódica desde alguna parte.

‘¿Aterrizaje?’ se asustó y cerró los ojos, esperando el impacto fatal que le aplastaría como si fuera un insecto.

—¡Despeja tu mente! Esto no es ningún purgatorio— otra vez le habló esa voz melódica.

‘¿Me estoy volviendo loco?’ caviló. ‘¿Aunque acaso importa?’

La velocidad se redujo. Una luz tenue iluminó aquella oscuridad densa y su fornido cuerpo chocó contra la tierra.

Al principio, estaba seguro de que había muerto, de que simplemente había cruzado el umbral que marcaba esa sutil frontera entre la vida y el infinito espiritual. No existía otra explicación. No sentía dolor, ni tenía heridas, tampoco se le habían roto los huesos. Luego, extendió la vista y afloraron ciertas dudas. Se hallaba en una cueva extraña, poblada exuberantemente de plantas trepadoras. O por lo menos eso fue lo único que su cerebro conmovido le proporcionó como el símil más adecuado a lo que veía.

—¡Apresúrate! El portal está a punto de cerrarse.

—¿Quién eres?— preguntó confuso.

Algo se empezó a mover debajo de sus nalgas, despacio, arrastrándose hacia sus piernas, haciendo un ruido siseante. Se apartó con brusquedad, escudriñando lo que era; una raíz gruesa.

—¿No me has oído? ¡Aprisa! ¿O prefieres quedarte aquí atrapado? Serías una presa fácil para los *planticios*.

Otra raíz salió desde la pared y retorciéndose, se dirigió hacia su hermana, después las dos se entrelazaron y se irguieron, formando una ese. Parecían una serpiente grotesca que se preparaba para la embestida.

Prométeux se puso en pie, desconcentrado y atemorizado, su corazón latía frenéticamente.

—¿A qué esperas? ¡Huye!— gritó la voz, ya no sonaba tan melódica, ahora era áspera y tajante.

La tierra se estremeció y en su superficie aparecieron unos bultos oblongos que se agrandaban. Prométeux se quedó estupefacto. La tierra dio otra sacudida y los bultos se comenzaron a abrir.

—Esto es tu última oportunidad. ¡Huye!— chilló la voz.

Ese falsete agudo le espabiló y por fin, echó a correr, esquivando las lianas que se lanzaban desde los bultos y procuraban atraparle. Dos de ellas le azotaron la espinilla y le desgarraron el pantalón, la tercera le hostigó el muslo. Deberían de haber sido impregnadas de alguna clase de toxina, porque inmediatamente le empezó a escocer la piel.

—¡No te pares! Ya falta poco— le advirtió la voz.

Jadeando giró a la izquierda y traspasó un pasadizo. Las lianas le perseguían, acercándose cada vez más. Luego se soltaron desde el techo varias enredaderas y obstruyeron el camino. Estaba contra las cuerdas.

—¡Salta! No son peligrosas.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

